

Hacia una historiografía de la mujer

Verena Radkau

“La vida cotidiana ha empezado a rebelarse. Habla cuando no le corresponde, se sale del lugar asignado al coro”

(José Nun, La rebelión del coro).

Posiblemente a ningún grupo humano se le ha negado una presencia histórica propia a tal grado como a las mujeres. Ocuparse de su historia se convierte entonces, forzosamente, en tarea de rescate, rescate también de su papel de sujetos actuantes en su propia historia.

El interés en la recuperación de la historia de las mujeres —relativamente reciente en Europa, los Estados Unidos y que apenas está surgiendo en México— se debe sin duda a una crisis de identidad de la historiografía que

en términos generales se expresa en el deseo de superar la parcelación en una historia económica, una social, una cultural, una de ideas, etc., por un lado y por el otro en el intento de ocuparse de actores y espacios sociales antes considerados como “sin historia” por la historiografía tradicional. Los exponentes quizá más conocidos de esta corriente en México son E.P. Thompson, Eric Hobsbawm y Gareth Stedman Jones, para mencionar sólo a tres.

Pero aun reconociendo que estos cambios "ambientales" crearon un clima benéfico para una historiografía de la mujer, muchas historiadoras (son pocos los historiadores que se ocupan del tema) reconocen que tanto las corrientes tradicionales como las renovadoras siguen marginando a la mujer de sus estudios (Nash, 1984: 10; Bock, 1983:25). Esta "omisión selectiva" (Morris Blachman) no se debe a una conspiración malvada de algunos historiadores masculinos sino a una arraigada y androcéntrica concepción de la historia y por ende del objeto de la historiografía.

Dicha concepción privilegia —aun si se trata del análisis de las clases subordinadas— los movimientos organizados, las luchas y enfrentamientos espectaculares y los cambios y rupturas bruscos del proceso histórico, en fin, la esfera "pública" y "política".

"... la invisibilidad histórica de las mujeres se debe a menudo precisamente al hecho de que las busquemos en los mismos lugares donde se mueven los varones y por ello no podemos encontrarlas". (Bock, 1983:27).

Si las mujeres como grupo social que representa la mitad o más de la población humana no se han convertido en precursoras de procesos revolucionarios y se han encontrado alejadas de los centros de autoridad y

poder formales, no tiene mucho sentido insistir en la búsqueda de aisladas heroínas que como excepciones más bien confirman la regla, para reivindicar la participación femenina en el proceso histórico; es preciso invertir la jerarquía de datos relevantes en la historiografía, revisar el bagaje metodológico tradicional y ampliar los campos de investigación histórica. De esta manera se cuestiona también la jerarquía de valores dominantes en la sociedad analizada y en la propia del investigador, donde a menudo sobreviven estos valores. Desde el punto de vista historiográfico y social es replanteado y revalorizado lo que hacen, deberían hacer e hicieron las mujeres.

"... se trata de plantear un análisis histórico a partir de una Historia Total, entendida esta vez no sólo como historia de las estructuras económicas, sociales y políticas, postulada por la escuela de los *Annales* y otras corrientes renovadoras, sino como una historia que abarque a la vez las dimensiones de la esfera privada, con el estudio de las estructuras de la familia, la sexualidad, la reproducción, la cultura femenina, la salud, el trabajo doméstico, la socialización de los hijos... para establecer así una visión integral del conjunto de la experiencia histórica de la mujer..." (Nash, 1984:20).

No es pues suficiente una historia de la mujer con funciones meramente contributivas que busque la presencia femenina en aquellos espacios y tiempos del acontecer social que tenían y tienen una importancia básica para las acciones y los intereses masculinos, perpetuando así una línea divisoria entre el ámbito masculino de "lo público" y el ámbito femenino de "lo privado", que separa lo supuestamente relevante de lo no-relevante (Hausen, 1983:7).

Tampoco una concepción compensatoria o aditiva de historia de la mujer sería satisfactoria ya que no se trata de llenar simplemente huecos temáticos y añadir a la historia de varones la otra mitad faltante de la historia de mujeres, sino de cuestionar la todavía dominante idea de una historia "general", de la cual las mujeres forman un caso "especial" y que en realidad es historia masculina hecha por varones.

"Se vislumbra el reconocimiento de que en modo alguno sólo 'la mitad de la historia... es historia de mujeres' (como afirma un bien intencionado estudioso alemán, V. R.). Hacer visibles a las mujeres en la historia también significa hacer visibles a los hombres en la historia". (Bock, 1983:27).

En otras palabras: el problema es de índole cuantitativa, pero también

cuantitativa ya que se evoca no sólo una universalidad incompleta sino además falsa, al omitir la mitad de la humanidad y percibir a la otra como "neutra".

Existen procedimientos historiográficos usuales que ilustran un problema general. Si explícitamente se eligen sólo varones como objeto de estudio, esto puede parecer "normal" aunque los resultados serán dudosos: así por ejemplo, se esconde detrás del tiempo libre del obrero el trabajo de la mujer obrera. Si se analiza un grupo social como los empleados que en gran parte se compone de mujeres sin que éstas se tematizen como tales, la base empírica del estudio es cuestionable. Si se estudian épocas enteras y sus cambios históricos sin mirar hacia las mujeres, la ambición de historia social de este enfoque se torna absurda. Si las mujeres se tratan en este tipo de análisis como un problema "especial", se revela el problema general antes mencionado: las mujeres no son simplemente olvidadas, sino la especie femenina se entiende como caso especial de la especie masculina "humanidad", mientras historia se define por los varones como historia general. Pero el hecho de que las mujeres se encuentren "abajo" en la jerarquía y el sistema simbólico de casi todas las sociedades históricamente conocidas, no debería justificar la reproducción de este estado de cosas en la jerarquía de objetos dignos de historia a no ser que los historiadores mismos se ubiquen precisamente dentro de esta

tradición de “arriba” y “abajo”. (Bock 1983:25).

Todo esto nos lleva de la pregunta por las mujeres en la historia a la pregunta por la historia de las mujeres, es decir, por una historia que no es independiente de la de los hombres, pero sí una de mujeres. Esta pregunta se basa en el supuesto de que hay una historia diferente para hombres y mujeres y que las mujeres tienen su propia experiencia dentro de, y de la historia.

Para familiarizarse con esta idea un tanto insólita en el quehacer rutinario de la historiografía, podría ser útil reflexionar un poco sobre ¿cómo sería nuestra imagen de la historia si fuese diseñada por las mujeres y los varones jugasen el papel del “segundo” o del “otro” sexo? Quizá nos daríamos cuenta de que ni la percepción cotidiana ni la científica de la sociedad y de la historia son neutrales ante los géneros.¹

En las enciclopedias europeas de los siglos XIX y XX por ejemplo, se concentra la información sobre mujeres en las categorías especiales de “mujer”, “trabajo femenino”, “movimiento femenino” y “cuestión femenina”, mientras que a nadie se le habría ocurrido usar estas clasificaciones para los varones. Bajo la rúbrica

de “cuestión femenina”, una conocida enciclopedia alemana explica en 1908 el “movimiento femenino” como un esfuerzo por lograr “un cambio en las relaciones de la mujer hacia la sociedad en su conjunto” (*cit.* en Hausen, 1983:8). De nuevo se define aquí la sociedad, menos-mujeres, no como una sociedad de varones sino como sociedad en general con la cual la mujer ha de relacionarse.

Nuestro mismo lenguaje —en todos los niveles— nos engaña sobre la existencia de los géneros y de sus relaciones. Cuando se habla de hombres, campesinos, obreros, jóvenes, etc., mujeres y varones aparecen como una unidad. Este colectivo “neutral”, sin embargo, neutraliza también las acciones y experiencias históricas concretas y muy diferentes de los seres humanos femeninos y masculinos. Parece entonces útil y necesario distinguir claramente a la humanidad entre otras categorías, en mujeres y hombres (Hausen, 1983:17). Es aquí donde la investigación histórica sobre las mujeres tiene su legitimación fundamental.

Si aceptamos esta premisa surge de inmediato un problema conceptual: ¿Cómo caracterizar a este grupo social que son “las mujeres”? Para los “clásicos” de la teoría marxista el dilema no existía, puesto que la mujer se insertaba dentro del sistema clasista y no era considerada como parte de un grupo social distinguible del hombre. Su liberación y emancipación estaban íntimamente ligadas con abolir el sistema de explotación capitalista.

¹ En lo sucesivo se usará “género” en el sentido de una categoría socialmente construída para diferenciarla de la categoría biológica de “sexo”.

Mas el hecho de que las mujeres estén presentes en todas las clases sociales, lleva al reconocimiento de que el término "clase" no es suficiente para el análisis de su situación y de su relación con la sociedad. El mismo resultado tienen los intentos de describir la condición femenina como una explotación por parte de los varones y definirla en analogía a la explotación de éstos con las categorías de un análisis de clase, es decir, en su relación con los medios de producción, el mercado, el capital y el trabajo. Pero la definición a través del trabajo asalariado es insuficiente, la que ha sido producida por los maridos o padres es una derivación de su propia condición, y aquella definición elaborada a partir del trabajo doméstico no pagado se sale del marco del análisis de clase. Ante estos problemas hubo quienes llegaron a rechazar toda noción de clase tradicional, camino tampoco viable.

Otros acudieron a préstamos terminológicos de la antropología, al definir por ejemplo, la situación de las mujeres como similar a la de una "minoría" o de un "grupo marginado", o también de una "casta", o una "raza". La condición de las mujeres, sin embargo, no es precisamente la de una minoría y tampoco marginal, a pesar de que formalmente y de hecho se las excluía y excluye de muchos ámbitos de la vida (*cfr.* Bock, 1983:33s).

Parece pues imposible entender a las mujeres en analogía con otros grupos sociales.

"Las mujeres son un género. Como tal tienen que entenderse históricamente. El género debe introducirse como una categoría fundamental de la realidad, la percepción y la investigación social e histórica (. . .) 'Para los historiadores de cualquier especialidad debería convertirse en algo usual el aceptar las consecuencias de género tan solícitamente como aquellas de clase'". (*op. cit.*: 34).

O con palabras de la historiadora Natalie Zemon Davies, se trata de

"comprender el significado de los sexos, de grupos de género (gender groups) en el pasado histórico". (*cit.* en Nash, 1984: 12).

Aceptar este postulado teórico-metodológico no parece ser cosa fácil. Muchas veces y aun de parte de colegas de oficio me he enfrentado a la incrédula pregunta por la relevancia de una historia o historiografía de las mujeres y por la validez analítica de una conceptualización basada en diferencias de género.

En mi opinión son dos factores fundamentales los que impiden ver la problemática. Uno ya lo he esbozado: Todos hemos aprendido a entender una historia sin mujeres o con mujeres como caso "especial" como *la historia* y no como una historia de

varones. El otro factor está relacionado con el primero: La categoría "sexo" se ubica en una esfera biológica y pre-social, quedando así excluida del campo de la investigación histórica. Además, de "biología" se habla generalmente cuando se trata de mujeres, no con respecto a los varones. De esta manera se erige un modelo dicotómico de los sexos que relaciona a la mujer con la "biología" o la naturaleza, y al hombre con la cultura o la historia y que sirve hasta la actualidad para "explicar" las relaciones desiguales o asimétricas entre mujeres y hombres.²

Este modelo justifica por ejemplo el ámbito de lo 'eterno femenino', extraído por definición de los cambios históricos. La 'esfera de las mujeres', sin embargo, es ella misma una invención ideológica bastante reciente. Su ascenso está íntimamente ligado a la formación de la familia moderna; am-

bos surgen por ejemplo en Europa durante el desarrollo de la sociedad burguesa desde el siglo XVIII. Detrás de un lenguaje científico, con observaciones de la fisiología, biología y anatomía, en nombre del 'progreso' y de la 'modernización' se prepara de esta manera la reclusión real de la mujer en la casa, espacio reducido que se convierte en jaula de oro por una simultánea mistificación e idealización de 'lo femenino'. (cfr. Bock, 1983:38; Duden, 1977: 132 ss; Nash, 1984: 31, 38s).

Esta diferenciación y jerarquización según los géneros, las supuestas 'naturalezas' femenina y masculina, son todo menos 'naturales',³ sino productos socio-políticos y culturales y no son reductibles a un determinismo biológico, ni a hechos ontológicos fuera de los procesos históricos, ni tampoco a una causa original y única.

"La pregunta reduccionista por el 'por qué' parece como irrelevante ante la más trascendental por el 'cómo', por las estructuras, las funciones, los mecanismos, las formas, los contenidos de las asimetrías entre los géneros". (Bock, 1983:35s).

Sin embargo, en la tarea señalada no deben reproducirse los antagonis-

² Para ilustrar lo dicho con un ejemplo mexicano cito de la revista femenina *Violetas del Anáhuac*, año II, tomo II, núm. 9, 3/III/1889, p. 108: "Para la mujer, suave mediadora entre la Naturaleza y el hombre, entre el padre y el hijo, su estudio... es el de la Naturaleza. Para el hombre, llamado al trabajo, a los combates del mundo, el gran estudio es la Historia (...). El hombre moderno... es un trabajador, un productor. La mujer es una armonía". La revista se entiende como progresista, defensora de una emancipación de la mujer.

³ Kate Young (1984:XVII) habla acertadamente de "la construcción ideológica de lo natural".

mos en un nivel conceptual, separando rígidamente el ámbito de la "reproducción" del de la "producción", lo "privado" de lo "público", el trabajo "doméstico" del "asalariado", lo "individual", de lo "colectivo", etc. La investigación histórica sobre mujeres tiene que tomar en cuenta la diferenciación según géneros de estas esferas, su asimetría y su segregación, pero también las relaciones entre ellas: las paralelas, las complementarias, las jerárquicas y las de subordinación, lo que implica a su vez la pregunta por la relación de poder entre los géneros.

Entender aquí la categoría "género" sólo en términos de la usual connotación de 'rol sexal' no parece ser suficiente. "Género" es una adscripción social más profunda y por lo mismo resulta menos cambiante y menos cambiable que lo que se denomina "rol"; en todo caso, abarca múltiples roles dentro de cada género. La terminología de 'rol sexual' encubre además, debajo de la aparente neutralidad de una simple separación (y no jerarquización) en diferentes roles, las estructuras de poder y desigualdad; hace referencia más bien a la socialización que a la estructura social y nos desvía así de cuestiones históricas, económicas y políticas. Es significativo que tampoco hablamos de "rol clasista" o "rol racial" (Bock, 1983: 39s).

Aquí me parece indispensable hacer un paréntesis: Al señalar la insuficiencia del concepto de "clase" para captar la presencia histórica de las mujeres y la necesidad de introducir la ca-

tegoría de "género", en modo alguno quise abolir el primer término del aparato conceptual del análisis histórico de las mujeres. Desde luego que la historia de las mujeres de las clases subalternas ha sido muy diferente de la de las mujeres de las clases dominantes. Dentro de las diferentes clases sociales, sin embargo, la vida de las mujeres y de los hombres se ha desarrollado de manera disinta, aunque aparentemente mujeres y varones comparten una misma realidad. Además de las diferencias intraclasistas puede haber elementos interclasistas comunes a mujeres de distintas clases sociales.

La detección de estos fenómenos corresponde en todo caso al estudio histórico concreto porque las mujeres —como cualquier otro objeto de análisis histórico— no son entes genéricos ni abstractos, sino seres humanos ubicados en un momento histórico específico, en específicas condiciones económicas, sociales, culturales, políticas etc, que influyen sobre su condición y sobre sus acciones.

Si la categoría 'género' es fundamental para emprender una historiografía de las mujeres lo es también la de 'vida cotidiana' o 'cotidianeidad', básicamente entendidas como vida doméstica y privada, supuestamente opuesta a la vida pública⁴ porque la

⁴ Estoy consciente de que este concepto dista aún mucho de ser preciso. En una publicación reciente se habla de "categorías residuales" para expresar

mayoría de las mujeres desarrolla todas a gran parte de sus actividades dentro de este ámbito, no obligada por algún destino biológico intrínseco, sino porque la sociedad (masculina) les ha asignado este espacio, el cual muchas mujeres aceptan como "natural". También la mayoría de los varones lleva gran parte de su vida en la cotidianidad, pero es por excelencia el espacio común para las mujeres. Además, la vida cotidiana del hombre difiere en muchos aspectos de la de la mujer. De esta manera hay que diferenciar nuevamente la historia de la cotidianidad por géneros. El tiempo libre del obrero, por ejemplo, considerado como justo descanso después de la jornada, es posible gracias al trabajo doméstico adicional de su mujer.

Si bien es legítimo y necesario detectar la presencia de las mujeres en cualquier ámbito de la vida, esfuerzo que además puede contribuir a acabar —como ya se ha hecho en algunos tra-

bajos sobre la mujer en la colonia y en los principios del México independiente (véase Ramos, 1984:9ss)— con algunos prejuicios, sí creo que la vida cotidiana queda como un campo poco o no explotado para todos aquellos interesados en la historiografía de la mujer "corriente"; campo por demás fascinante, al menos para la historiadora también "corriente" porque es entrar un poco en el terreno de su propia historia (y hasta de su presente).

La preocupación por la vida cotidiana surge con el viraje en la historiografía ya mencionado. Obedece al intento por encontrar la "otra historia", la que no se desarrolla en los foros políticos y no se desprende de los datos registrados en fuentes oficiales, la historia encubierta del sujeto, del individuo en contraposición con la organización formal colectiva del ámbito público, no necesariamente a otro tipo de colectividad.

Hay precursores en la temática como Henri Lefebvre quien ya en 1946

que surgen en un paulatino proceso de cambio de perspectiva que se dirige de lo macro hacia niveles cada vez más concretos de los propios seres humanos involucrados en el acontecer histórico. (Véase Niethammer, 1985: 11, 24s) Quienes se preocupan por el problema —y su número va en aumento— ofrecen más que definiciones descripciones. El término 'vida cotidiana' por sus connotaciones de sentido común reproduce además en parte las divisiones que como categoría

analítica habrá que superar. Aun con estas dificultades creo que es una de las indispensables puertas de entrada al campo de la investigación sobre la mujer. Pero para convertirlo en un instrumento analítico útil hay que delimitarlo y definirlo cada vez con mayor nitidez. Lo mismo es cierto para algunos otros conceptos que aparecen en estas páginas como 'experiencia', 'subjetividad' y 'cultura'. También aquí estoy dando apenas los primeros tentativos pasos.

intentó una "Crítica de la vida cotidiana", pero un interés más generalizado en el gremio de los historiadores sociales se nota apenas desde la década pasada.

El mismo Lefebvre, en una obra posterior hace hincapié en la necesidad de vincular la cotidianeidad con la sociedad (Lefebvre, 1980:41), y ello me parece particularmente importante para el estudio de esta cotidianeidad como espacio de las mujeres.

No se trata, insisto, de propagar una historia de mujeres "separatista" sino de analizarlas como tales pero dentro de un contexto social determinado.

Lefebvre habla también del papel de las mujeres en la cotidianeidad. Parece repetir el estereotipo que relaciona a la mujer más con la naturaleza que con la reflexión y la cultura. La ve "más capaz de cólera, de alegría, de pasión y de acción; más cercana a las tempestades, a la sensualidad, a los lazos entre la vida y la muerte, a las riquezas elementales y espontáneas (que el hombre cotidiano, VR.)" (*op. cit.* :28).

Pero se pregunta al mismo tiempo: "¿Es eso cierto o 'falso, aparente o real, superficial o profundo?" (*ibid.*). En su descripción de lo que es cotidiano, especialmente para las mujeres, el autor sostiene esta saludable actitud de dudar de las apariencias, es decir, ve la monotonía, la repetición, lo insignificante de la vida cotidiana, pero también lo que él llama "su grandeza":

"... (la) miseria de lo cotidiano, las tareas fastidiosas, las humillaciones, la vida de la clase obrera, la vida de la mujer sobre la que pesa la cotidianeidad... La relación inmediata con el sector no dominado de lo real (la salud, el deseo, la espontaneidad, la vitalidad). Lo repetitivo. La supervivencia de la penuria y la prolongación de la escasez: el dominio de la economía, de la abstinencia de la privación, de la represión de los deseos, de la mezquina avaricia (. . .) (la) grandeza de lo cotidiano, la continuidad; la vida que se perpetúa... la práctica desconocida, la apropiación del cuerpo, del espacio y del tiempo, del deseo. La morada y la casa. El drama, irreductible al número. El latido trágico de lo cotidiano. Las mujeres: su importancia (agobiados 'objetos' de la historia y de la vida social, y, sin embargo, 'sujetos' esenciales, cimientos, fundamentos). La creación de un mundo práctico-sensible a partir de los gestos repetitivos. El encuentro de las necesidades y de los bienes; el goce... La obra y las obras (la capacidad de crear una obra a partir de lo cotidiano, de su plenitud y de su vacío --la posibilidad de hacer de la vida cotidiana una obra, por los individuos, los grupos, las clases).

La reproducción de las relaciones esenciales. . . el lugar de las luchas entre los sexos, generaciones, grupos, ideologías. El conflicto entre lo apropiado y lo no apropiado, entre lo informe de la vida subjetiva y el caos del mundo (de la naturaleza). La mediación entre estos términos y. . . el intervalo hueco en el que surgen, en estado incipiente, los antagonismos que estallan en los niveles 'superiores' (instituciones, superestructuras). . ." (*op. cit.*: 49s).

Aquí nos encontramos con algunos elementos de análisis para la historia de las mujeres que ya he esbozado a lo largo de estas reflexiones.

Las mujeres como 'sujetos' de la historia, la relación entre los géneros como relación de poder que impide ver el espacio cotidiano como algo "neutral", donde hombres y mujeres forman una unidad armoniosa o indistinguible.

Pero también hay aspectos nuevos: La historiografía a menudo se esfuerza por descubrir los cambios en los procesos históricos; en la historia de la vida cotidiana, por el contrario, lo atractivo puede consistir en que revele por qué las cosas no han cambiado o qué es lo que sobrevive en el cambio (*cfr.* también Beier, 1983:14).

"La cotidianeidad es más perseverante, más continua que la

lucha misma; y si la historia es cambio y continuidad, lo cotidiano es indispensable". (Radkau, 1984:4s).

Según Lefebvre, en la vida cotidiana hay espacios que permiten más "libertad", donde uno puede aún desarrollar sus propias prácticas, apropiarse del cuerpo, del espacio, del tiempo, del deseo. Esta afirmación ameritaría un debate profundo que aquí no quiero (y quizá no podría) desarrollar. La opinión dominante parece ser más bien opuesta, como lo expresa Agnes Heller quien subraya el alto grado de enajenación que conlleva la vida cotidiana en la mayoría de los casos (Heller, 1985:65). Aún así, la afirmación de Lefebvre queda como hipótesis tentadora para el análisis de las mujeres. Hace pensar, por ejemplo, en el poder informal femenino que se contraponen al poder formal masculino o en las posibilidades que encierra la no-subordinación formal del ama de casa bajo la explotación capitalista.

Por último, se desprende de la concepción de Lefebvre un afán por recuperar dentro de la esfera de la "reproducción" la productividad en el sentido de creatividad, lo que permite superar esta división estéril entre el ámbito reproductivo y el productivo que he mencionado antes. El propio autor lo dice algunas páginas antes con mayor claridad:

"... el término producción adquiere un sentido amplio y

fuerte. Este sentido se desdobra. La producción no se reduce a la fabricación de productos. El término designa. . . la creación de obras (incluidos el tiempo y el espacio sociales), es decir, la producción 'espiritual', y, por otra parte la producción material, la fabricación de cosas. Designa también la producción por sí mismo del 'ser humano' en el curso de su desarrollo histórico. Lo que implica la producción de relaciones sociales. . . tomado en toda su amplitud, el término abarca la reproducción". (*op. cit.*: 43s, véase también 29).

"En la noción de 'producción' vuelve a aparecer el sentido pleno del término: *producción por el ser humano de su propia vida*". (*op. cit.*: 45, subrayado mío).

La historicidad de lo cotidiano se muestra en el hecho de que no siempre a lo largo de la historia haya existido esta ruptura entre la cotidianeidad y la no-cotidianeidad que va a la par con otras rupturas, una de ellas aquella entre lo "privado" y lo "público", tan esencial para la vida de las mujeres (*op. cit.*: 52s).

Pero mientras Lefebvre aboga por unir lo separado a través del tiempo, Agnes Heller sugiere que el ámbito de lo cotidiano debe superarse para alcanzar la plena realización del ser humano.

Todo hombre (y toda mujer diría, pero Heller no ve la vida cotidiana como particularmente femenina) tiene una vida cotidiana y participa en ella como hombre entero, es decir, "con todos los aspectos de su individualidad" (Heller, 1985:39). Sin embargo, para llegar a ser "hombre enteramente", es preciso elevarse de la "particularidad" de lo cotidiano a "lo específico" de la humanidad.

"Las formas de elevación por encima de la vida cotidiana que producen objetivaciones duraderas son el arte y la ciencia". (*op. cit.*: 50).

Desde luego que la gran mayoría de los mortales nunca alcanza tal elevación, como lo reconoce la propia autora. Se da solamente en algunos individuos como por ejemplo en "los grandes moralistas ejemplares, los estadistas (revolucionarios), artistas y científicos". (*op. cit.*: 54).

Aparte de que este enfoque resulta poco operante para el tipo de historiografía del que estamos hablando, me parece que revela un punto de vista algo tradicional. De nuevo, la cotidianeidad es relacionada sólo con lo individual y lo particular y por ello mismo declarada irrelevante. Como las "verdaderas" representaciones y los "verdaderos" representantes de la especie humana, quedan las "grandes obras": "el arte y la ciencia" y los "grandes hombres": "los grandes moralistas. . ., los estadistas (revolucio-

narios), artistas y científicos". Es poco alentador el hecho de que Agnes Heller reconoce que

"La vida cotidiana no está 'fuera' de la historia, sino en el 'centro' del acontecer histórico: es la verdadera 'esencia' de la sustancia social. . . Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianeidad" (*op. cit.* 42).

La vida cotidiana recibe pues algunos "efectos" de las grandes empresas, la mayoría de los seres humanos ilumina su opaca existencia con el brillo de la gloria de sus héroes. ¿Y de dónde parten éstos para realizar sus "hazañas"? Tal parece que en la concepción de Heller la mayor parte de la humanidad no vive su propia historia sino, en el mejor de los casos, una historia "prestada".

No pretendo aquí desarrollar un análisis del concepto de cotidianeidad de Agnes Heller, porque —por interesante que pudiera resultar— su enfoque me parece tan general que difícilmente podría tender un puente hacia una investigación histórica concreta sobre la mujer. Su tratamiento del tema abre, sin embargo, pautas a seguir —¡por lo pronto en contraposición con las ideas que ella desarrolla! Un primer punto sería entonces el rechazo a una noción de la cotidianeidad como ámbito exclusivo de trivia-

lidades y particularidades enajenantes, el cual debe trascenderse, el segundo, la noción de "cultura" que no se maneja en el trabajo citado de manera explícita, pero que se puede deducir de lo que dice la autora del arte y de ciencia. Tal parece que la auténtica cultura humana sólo puede darse fuera de lo cotidiano, en niveles más "elevados", como la vida cotidiana es espontánea y aparentemente perecedera, no puede ser lugar para crear aquellas "objetivaciones duraderas" de la cultura, de la cual nos habla Heller.

Esta concepción más bien elitista de "cultura" deja de ser el único instrumento para la interpretación de los mal llamados fenómenos "superestructurales" cuando surgen estudios sobre las culturas subalternas (por ejemplo la esclavista, las populares y campesinas). En estos trabajos, la historia social y la antropología social dejan de ser hermanas distantes para acercarse teórica y metodológicamente. Los ya mencionados autores anglo-marxistas (para llamarlos de algún modo), seguidos por otros autores, protagonizan una comprensión mucho más amplia de "cultura". Un reciente y en mi opinión buen ejemplo de esta corriente es un libro editado en 1982 en Alemania Federal que reúne contribuciones de diversos autores tanto alemanes como de otros países europeos y que en su subtítulo expresa la nueva unión: "Perspectivas de antropología social en la historiografía" (véase bibliografía). Los ensayos tratan de temas muy diversos; sin embar-

go, los une el esfuerzo por analizar "cultura" como "modo de vivir", esfuerzo que significa mucho más que una sustitución semántica.

¿Por qué puede ser útil la noción de "cultura" en el sentido de "modo de vivir" para una historiografía de las mujeres? Creo que es útil por que nos acerca a las expresiones de la vida cotidiana, ámbito predilecto de las mujeres, y con ello puede captar los elementos que forman parte de sus experiencias históricas específicas y que no son tomadas en cuenta por los paradigmas políticos y económicos tradicionales.

"La búsqueda de un concepto analítico de cultura de la mujer obedece en un primer momento al intento de superar una visión de la experiencia femenina a partir de coordenadas políticas y económicas (. . .) en sentido amplio, el concepto engloba una serie de elementos, relaciones personales, redes familiares o de amistades establecidas entre mujeres y mujeres y entre mujeres y hombres: los vínculos efectivos, los rituales y sistemas simbólicos. Se refiere a los lazos de solidaridad, de comunidad entre mujeres, su sistema de valores, sus relaciones y modos de comunicación, su lenguaje, su concepción del mundo, su visión de mujer y su conciencia feminista". (Nash, 1984: 43)

"La cultura de la mujer es el terreno sobre el cual se asientan las mujeres en su resistencia al dominio patriarcal y su aserción de su propia creatividad para formar la sociedad". (Gerda Lerner, *cit.* en Nash, 1984:43).

La analogía de "modo de vivir" con "modo de producción" es del todo intencional, aunque hasta la fecha el primer término no ha sido desarrollado sistemáticamente. Lüdtke, en su artículo en el libro mencionado lo usa "como una fórmula sintética para la simultaneidad de modos de percepción, experiencia y acción" (Lüdtke, 1982:349, nota 18). La intención es mediar con esta fórmula entre conceptos macro como "modos de producción" y "relaciones de producción", y la vida concreta de los afectados por estos modos y estas relaciones. Ello implica desechar un concepto de 'superestructura' bien limitada y superpuesta.

"La producción *recíproca* de momentos 'objetivos' y 'subjetivos' posibilita la reproducción social. Ello requiere de un enfoque que no contrapone 'significado' a 'posición socio-económica' o viceversa". (Lüdtke, 1982:329).

Quizá se abre aquí el camino hacia la superación de varias dicotomías que afectan la historia social en gene-

ral, y en particular la de las mujeres. La primera sería aquella entre "base" y "superestructura" o "lo económico" y lo "político", "social" y "cultural"; otra podría ser la división entre lo "macro" y lo "micro", o entre lo "general" y lo "particular" o entre lo "colectivo" y lo "individual"; podríamos acabar también con aquella entre lo "privado" y lo "público" ("político"), entre lo "informal" y lo "formal".

Las (y los) feministas manejan desde hace tiempo el lema de que "lo personal es político", pero hay que convertir este lugar común de la militancia en un instrumento analítico y mostrar cómo se establece esta identidad en lo concreto. Una posibilidad para lograr esto consiste en vincular el término "cultura", como aquí se establece, con una también poco ortodoxa concepción de lo "público" o lo "político". Tradicionalmente se asocia "político" con una persecución de intereses a mayor plazo y con la organización colectiva formal, por ejemplo en un partido (político) o en un sindicato. Como se ha insistido, la mayoría de las mujeres queda fuera de esta definición y por lo tanto estigmatizada como "apolítica". Si añadimos otros campos de acción y otras formas de lucha "políticos" al que es reconocido comúnmente, los matices cambian.

¿Por qué no podemos reconocer también y precisamente las formas individualizantes y expresivas de articulación de necesidades como expresiones "políticas"? Ello exige definir no

sólo la acción estratégicamente calculada como "política" excluyendo así toda una gama de formas de expresión emocionales e interpretaciones simbólicas. Son estas expresiones las que nos confrontan con individuos y grupos concretos que actúan en forma muchas veces contradictorias, en vez de confrontarnos con tipos "ideales" que se desmoronan ante la realidad (cfr. Lütke, 1982:335s).

"La arena de 'lo' político no puede determinarse en forma abstracta y general; más bien se encuentra vinculada a la realidad cotidiana de los afectados" Lütke, 1982:339).

Esta afirmación no es síntoma de una despolitización, sino de la "politización de lo privado" es decir del reconocimiento de que la (re) producción cotidiana se considera en grado creciente como práctica política. (*ibid*).

La vida cotidiana no sólo de las mujeres, pero sobre todo de ellas, incluye muchas maneras de sobrevivir y resistir, de subordinarse y rebelarse, que bajo la apariencia de la apatía y de la resignación tienen un significado político en el sentido del que aquí se esboza. La "cultura" es entonces un complejo campo de continuidad y ruptura, de aceptación y adaptación, pero también de resistencia y rebelión. Estas formas de expresión y acción

ocultas o poco espectaculares pueden descubrirse tan sólo si repensamos y replanteamos los términos de nuestros análisis. Con ello atentamos quizá contra algunas convenciones etimológicas, pero menos contra la realidad que pretendemos captar.

Una de las principales críticas que se han formulado en contra de una historia de lo cotidiano es aquella de un "neo-historicismo sutil" que se pierde en detalles folklóricos o costumbristas. En efecto, si se sostiene la ficción de lo privado o lo cotidiano como algo alejado de lo público o lo político, se "privatiza" también su historia y se desvincula de su contexto social mayor. La propuesta de un conocido historiador germanooccidental, paradójicamente un crítico de la historiografía tradicional y protagonista de una "ciencia social histórica" y de una "historia social sintética" (Hans-Ulrich Wehler), muestra este peligro de "privatización" y en consecuencia parcelación, al sugerir un trabajo más intensivo sobre "historia demográfica, de familia, urbana, de educación, de mujeres (¡sic!) y de deportes". La curiosa e indiscriminada enumeración de diferentes especialidades de historia social como posible contenido de una historia de la cotidianidad, señala que en el fondo se siguen considerando estas especialidades como temas marginales, por no decir meramente decorativos (*cf.* Medick, 1982: 158 y Lüdtke, 1982:328).

Aquí tenemos, por cierto, otro ejemplo del punto de vista (masculi-

no) que considera a las mujeres como caso "especial" y del cual hablé al principio de este trabajo. Difícilmente el mismo estudioso hablaría en este contexto de una historia 'de varones'.

Releyendo estas páginas me doy cuenta de que se trata de aproximaciones a las que podrían constituir pautas para una historiografía o historia de las mujeres y de ninguna manera de una teoría de la historia de las mujeres; ello confirma el título que originalmente quise dar a este trabajo: "Sobre las dificultades al escribir historia de mujeres". A diferencia por ejemplo de la historia de la evolución del Estado o de los movimientos sociales "formales", donde los estudiosos cuentan ya con aparatos teórico-conceptuales más o menos desarrollados e integrados, el campo que me preocupa aquí resulta aún algo pantanoso. Cada afirmación parece provocar más preguntas que dar respuestas. Obviamente, esto tiene que ver en parte con lo "advenedizo" del tema, y en parte con su arraigo (milenario se puede decir sin exagerar) en prejuicios del sentido común que difícilmente se abren a un cuestionamiento analítico.

En un intento de síntesis las pautas a seguir podrían resumirse de esta manera:

- Es necesario desterrar del campo de la historia social la "biología" (el sexo) como categoría social y desarrollar la categoría social de 'género'. Ello implica reconocer la

historicidad de categorías analíticas mismas y de su jerarquía.

- Para captar la participación específica de las mujeres en los procesos históricos hay que adentrarse en el ámbito de lo cotidiano, de lo privado y de lo particular; pero ya no en contraposición a lo público y lo político, sino entendiendo estas esferas como una totalidad.
- Como concepto para analizar la cotidianidad, se propone el de “cultura” en el sentido de “modo de vivir” como una categoría mediadora entre lo “macro” y lo “micro”. Es decir, en este conjunto de costumbres, normas, rituales, percepciones, experiencias y acciones, los seres humanos concretos experimentan y expresan sus relaciones sociales. El término “cultura” adquiere así su dimensión material.
- El punto de partida de la historia de las mujeres aquí propuesta es “micro” y privilegia los elementos cualitativos; no busca una representatividad cuantitativa. En esto se asemeja a lo que el antropólogo norteamericano Geertz llama “descripción densa” (“thick description”), es decir, una descripción interpretativa minuciosa en el entendido de que el significado de las acciones sociales va más allá de ellas mismas.

BIBLIOGRAFIA

- BEIER, Rosmarie, 1983. *Frauenarbeit und Frauenalltag im Deutschen Kaiserreich. Heimarbeiterinnen in der Berliner Bekleidungsindustrie 1880-1914*, Frankfurt/New York, Campus Verlag (Trabajo femenino y vida cotidiana femenina en el Imperio alemán).
- BERDAHL, Roberto *et. al.*, 1982. *Klassen und Kultur. Sozialanthropologische Perspektiven in der Geschichtsschreibung*, Frankfurt, Syndikat (Clases y cultura. Perspectivas de antropología social en la historiografía).
- BOCK, Gisela, 1983. *Historische Frauenforschung: Fragestellungen und Perspektiven*, Hausen (ed.), *Frauen suchen ihre Geschichte*, pp. 22-60 (Investigación histórica sobre mujeres: preguntas y perspectivas).
- DUDEN, Bárbara, 1977. *Das schöne Figentum. Zur Herausbildung des bürgerlichen Frauenbildes an der Wende vom 18. zum 19. Jahrhundert*, en: *Kursbuch 47*, Kursbuch Verlag, Berlín, pp. 125-140 (La bella propiedad. Acerca del surgimiento de la imagen femenina burguesa en el tránsito del siglo XVIII al XIX).
- GEERTZ, Clifford, 1973. *Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture*, *The Interpre-*

- tation of Cultures. Selected Essays*, New York, Basic Books Inc. Publishers, pp. 3-32.
- HAUSEN, Karin, 1983. *Frauen suchen ihre Geschichte. Historische Studien zum 19. und 20. Jahrhundert*, München, Verlag C.H. Beck (Las mujeres buscan su historia. Estudios históricos acerca de los siglos XIX y XX).
- HELLER, Agnes, 1985. La estructura de la vida cotidiana, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, México, Grijalbo, pp. 39-69.
- LEFEBVRE, Henri, 1980. *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial.
- LUDTKE, Alf, 1982. Rekonstruktion von Alltagswirklichkeit Entpolitisierung der Sozialgeschichte? Berdahl et. al., *Klassen und Kultur*, pp. 321-351 (Reconstrucción de la realidad cotidiana ¿una despolitización de la historia social?).
- MEDICK, Hans, 1982. Plebejische Kultur, plebejische Öffentlichkeit, plebejische Ökonomie. Über Erfahrungen und Verhaltensweisen Besitzarmer und Besitzloser in der Übergangsphase zum Kapitalismus, Berdahl et. al., *Klassen und Kultur*, pp. 157-196 (Cultura plebeya, publicidad plebeya, economía plebeya. Sobre experiencias y actitudes de los pobres en la transición al capitalismo).
- NASH, Mary, 1984. Nuevas dimensiones en la historia de la mujer, *Presencia y Protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, pp. 9-50.
1984. *Presencia y Protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- NIETHAMMER, Lutz, 1985. *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis. Die Praxis der 'Oral History'*. Frankfurt, Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 490 (Experiencia de vida y memoria colectiva. La práctica de la historia oral).
- RADKAU, Verena, 1984. "La Fama" y la vida. *Una fábrica y sus obreras*, México, Cuadernos de la Casa Chata 108.
- RAMOS, Carmen, 1984. *Mujer e Historia en México*, ponencia presentada al Seminario sobre la mujer, Guadalajara, Jalisco, 28 y 29 de septiembre de 1984 (publicada en *Encuentro*. Revista del Colegio de Jalisco), No. 5, 1985.
- THOMPSON, Edward P., 1981. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo.

YOUNG, Kate, WOLKOWITZ, Carol
y MC CULLAGH, Roslyn (eds.)
1984. *Of Marriage and the Market.*
Women's Subordination interna-

tionally and its Lessons, Routledge & Kegan Paul, London, Boston, Melbourne and Henley.

